GALERÍA DE D. JUAN MOLAS Y CASAS

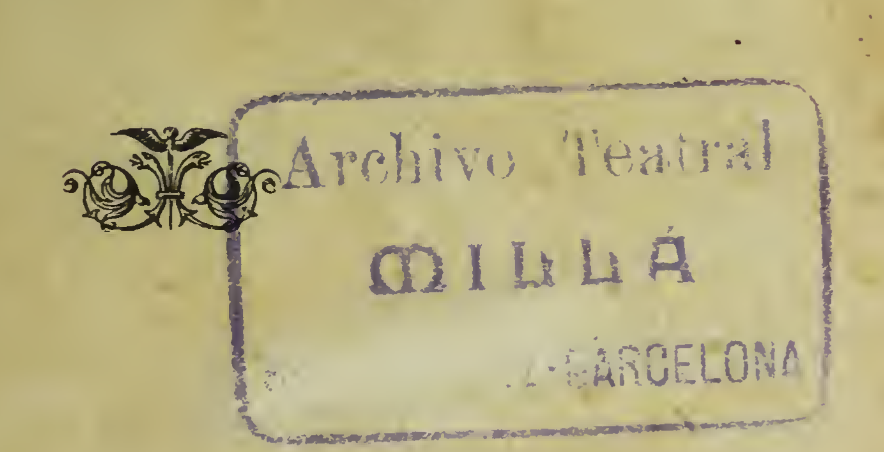
Los Plomos de Venecia

DRAMA TRÁGICO

EN SIETE ACTOS Y OCHO CUADROS

original de

Luis Suñer Casademunt



BARCELONA

Tipografía de M. Tasis.—Tallers, 6, 8 y 10

1901

LOS PLOMOS DE VENECIA

Esta obra es propiedad del autor, quien se reserva los derechos de traducción, impresión y demás que la ley le concede.

La Galería de D. Juan Molas y Casas, (Hospital, 12 y 14, Barcelona), es la autorizada para el cobro de propiedad literaria.

633.19

Los Plomos de Venecia

DRAMA TRÁGICO

EN SIETE ACTOS Y OCHO CUADROS

original de

Luis Suñer Casademunt

ESTRENADO LA NOCHE DEL 23 DE MARZO
DE 1901 EN EL TEATRO CIRCO BARCELONÉS



BARCELONA
Tipografía de M. Tasis.—Tallers, 6, 8 y 10
1901

REPARTO

Actores		Personajes
Vanina	D.ª	Esperanza Cufí.
Bertruccio	D.	Miguel Rojas.
Loredano	»	Juan Lliri.
El Dux	»	Francisco Marcet.
Vennier	»	Enrique Casals.
Liprando	»	Bautista Vaqué.
Nicolo	»	Agustin Monner.
Erizzo	»	Juan Cazorla.
Vittorio	»	Andrés Cazorla.
Almoro	»	José Puig.
Un hombre del pueblo	»	N. Moreno.
Un paje	Srta.	Roca.

Nueve Consejeros. Dos ejecutores. Nobles.
Pueblo y Guardias.

SIGLO XIV



ACTO PRIMERO

Cuadro 1.º

Una calle oscura. Es de noche. El canal al foro. En primer término derecha, una tapia, y una puerta en ella.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón óyese ruido de espadas; á poco aparecen BERTRUCCIO y NICOLO.

BER. Gracias, ciudadano. A vuestro auxilio debo únicamente la vida. Una turba de foragidos me cerró el paso con la peor intención, y á pesar de no ser hombre que fácilmente me entregue á partido, confieso que vuestra espada me ha librado de un trance apurado, y que sin remedio habría sucumbido.

NIC. Vuestra voz no me es desconocida.

BER. Será, sin duda, ilusión vuestra, pues soy forastero. (Aparte) (Si me habré metído en la boca del lobo!...)

NIC. ¿De modo, que sois extranjero?

BER. Así parece. (Aparte) (Aunque no lo sea.)

NIC. ¿Tendríais acaso algún deudo ó pariente, entre los españoles mandados ahorcar?

BER. Ignoro completamente cuanto me decís.

NIC. Sabed, pues, que el traidor Santiago Pierre conspiraba, obedeciendo órdenes, según se supone, del duque de Osuna. No faltaron celosos ciudadanos que informaron al Consejo de los Diez, y secretamente encerrados en los Plomos, los instigadores de la fraca-

sada conspiración, han sido conducidos al suplicio inmediatamente; dándose el caso, que la República, se ha apercibido del castigo antes que del crimen.

BER. Mucho he oído hablar de la cárcel de los Plomos.

NIC. Que os guarde Dios de enteraros personalmente, porque es preferible la muerte.

BER. Permitidme. Acercaos. (Llevándole junto á un farol) No me engaño. ¡Nicolo!

NIC. ¡Cielos! ¡Bertruccio!

BER. Yo mismo.

NIC. ¡Cuando decía yo que conocía esta voz!

BER. La voz y algo más.

NIC. Pero, ¿cómo te atreves á exponer tu vida pisando nuevamente el suelo veneciano? ¿Ignoras el peligro que corres?

BER. Han pasado ya muchos años.

NIC. Te engañas. La garra del Tribunal de los Diez, no reconoce años, y bastaría que se apercibiesen de tí, para encerrarte en los pozos, de donde seguramente no te escaparías, como escapaste de los Plomos. ¡Milagro pareció tu evasión!

BER. Y casi lo fué. Cuando después de remover aquellas pesadas planchas de la cubierta, pude contemplar á la luz de la luna la elevación que me separaba de tierra, un frío sudor me corrió por todo el cuerpo, y consideré frustrados mis planes de evasión.

NIC. ¡En verdad que fué atrevido el golpe!

BER. No me es posible recordarlo sin estremecerme. Pero, ¿qué hace Venecia que no ha sacudido aún el yugo de este bárbaro Consejo?

NIC. ¡Silencio, desgraciado! No profieras tales frases. La menor imprudencia puede perderte. ¿Acaso ignoras que cada ventana es un ojo, y cada puerta un espía? Su poder es hoy como siempre. Dueño de vidas y haciendas; ni la magistratura del Dux es inviolable á sus decisiones. Ante mí no profieras tales frases. Mira.

(Se descubre el pecho y le enseña una C. y una X. bordadas en oro.)

BER. ¿Es posible?...

NIC. Ya lo ves: pero nada temas; era tu amígo antes de ser guarda de los Plomos, y antes de entrar al servicío de Santiago Loredano.

BER. ¡De este infame!

NIC. Infame ó no, lo puede todo. El fué quien llevó á la Plaza de San Marcos á Carmagnola; él quien elevó á la dignidad de Dux á Francisco Foscari: y por razones de una cuenta atrasada, ha sido quien martirizó al hijo en presencia del padre, acabando por arrancar el bonete al anciano, nombrando á Malipierri para sucederle, á fin de que ni siquiera en el palacio ducal pudiera acabar sus días.

BER. ¿Y hasta tal punto permite el pueblo hollar los derechos?

NIC. ¡El pueblo! Ni siquiera el derecho le ha dejado de quejarse.

BER. ¿Y cómo?

NIC. Publicando un Decreto, en el que se impone pena de muerte al que ose ni siquiera pronunciar el nombre de Foscari.

BER. ¡Pero, esto es horrible!

NIC. ¿Y á qué vuelves?

BER. Este es mi secreto. A reclamar mi puesto.

NIC. No será el de tu calabozo, supongo.

BER. Claro que no.

NIC. Pues este es el más seguro. ¿Tampoco será el que tenías en el corazón de Vanina?

BER. ¡Quién sabe!

NIC. Estás loco de remate, pues es hoy la mujer del Dux.

BER, Lo sé. No te inquiete mi suerte, y doy gracias á Dios, por haber sido tú una de las primeras personas con quien he hablado, y plácenme tus empleos, que quién sabe si podrán servirme algún día.

NIC. No fíes mucho en lo que pueda yo hacer por tí, allí donde el mismo Dux, no evita que se someta á la prueba del tormento un hijo suyo, que ha de ver luego morir solo y abandonado en el destierro.

BER. ¡Pero, esta mujer!...

NIC. No te acuerdes de ella. Además, no veo modo de que puedas alimentar esperanza alguna.

BER. Es que yo no pretendo otra cosa que vengarme; destruir cuanto sea hoy su felicidad.

NIC. Esponiéndote á lo que tú sabes. ¡Ay, amigo mío! No quieras resucitar lo que ha amortajado el olvido. Los menos saben tu evasión; para la generalidad, eres una víctima que las fauces de los pozos ha tragado.

(Oyese un silbido)

¡Silencio!

BER. ¿Qué significa este silbido?

NIC. No perdamos tiempo; sígueme; apuraremos una botella en casa de Maese Donato.

BER. ¡Oh Venecia! ¡Misteriosa como siempre!

ESCENA II

Aparece VENNIER; atraviesa receloso la escena y llama á una puerta de la derecha. Detrás de él, escondiéndose, salen LOREDANO y ALMORO.

VEN. De mí mismo llego á sentir el miedo, y bien sabe Dios que no es cobardía. Por ella temo tan solo. ¡Siempre entre sombras! Condenado á silencio perpétuo. Sin la más remota esperanza de que pueda un día amar y ser amado á la faz del mundo. ¿Por qué se atravesó esta mujer en mi camino? No entiendo qué poder sobrenatural me arrastra hacia ella. Y por otra parte, ¿qué se ha propuesto?... Embelesada escucha mis palabras de amor, es cierto; pero después de tanto tiempo, no he podido alcanzar aún el premio á mis afanes. Es preciso acabar de una vez.

(Mirando á la izquierda)

No me engañaba; alguien espía mis pasos. No saldrán con la suya, esta vez por lo menos. Procuraré despistarles. (Vase izquierda)

LOR. No hay duda, se ha apercibido que le seguíamos y pretende engañarnos dando un rodeo. ¿Lograste reconocerle?

ALM. Juraría que es Vennier.

LOR. ¿Así pues, son ciertas nuestras sospechas? No hay duda que intentaba penetrar por la puerta de esta tapia, á fin de no llamar la atención. Es preciso, antes de asestar el

golpe, persuadirnos de que se encuentra también ella. ¡Venina! sabrás lo caro que te cuesta el desprecio hecho á mi pasión. Ignoras, por desgracia tuya, quien es, y cuánto puede el Consejero Loredano.

ALM. Venid, señor, se acerca una góndola por el canal.

LOR. Observemos.

(Cruza el foro una góndola que se detiene, saliendo de ella Vanina, cubierto el rostro con un antiíaz. Mira recelosamente la escena, habriendo la puerta misma que antes habia llamado Vennier y entrando en ella. La góndola desaparece.)

Es ella; no se engaña mi corazón. ¿Qué puedo apetecer? El infierno me ayuda. Cubre con el antifaz tn rostro, mujer infame, cúbrelo, que no por esto dejará por él, de transparentarse el rubor de la vergüenza. ¿Y Nicolo?

ALM. No puede tardar. Está todo dispuesto según vuestros deseos, y esta noche Venecia entera apartará escandalizada la vista, ante la livíandad de la esposa del Dux. Y á vos solo deberá el ultrajado marido el descubrimiento de tanta infamia.

LOR. Me conviene el silencio. Deseo que Vanina se vea culpable á mis ojos; pero, nada de lo que hoy se descubra, ha de llegar al palacio ducal. Tenlo entendido.

ALM. Se cumplirá vuestro deseo.

LOR. Y al que intentare lo contrario, se encargarán los pozos de amordazarle por toda una eternidad. (Aparte) (¡Oh! Sea yo dueño del secreto, y desdichada ella, si no sucumbe á mi pasión.)

ESCENA III

Dichos y NICOLO y BERTRUCCIO por la derecha

NIC. No me equivoco, son ellos.

BER. Aguuardaré tu vuelta. Quiero ver en qué para todo esto; me hallarás en casa de Donato. Buena suerte.

NIC. Adiós.

ALM. Aquí está Nicolo!

LOR. ¿La gente?
NIC. Apostada. A la menor señal...
ALM. (Mirando á la izquierda) Silencio; se acerca otra vez.
LOR. Ocultémonos á su vista.
NIC. No perdamos momento. (Se ocultan)
BER. (Aparte. Escondido) (No será todo tiempo perdido.)

ESCENA IV

VENNIER por la izquierda examinando la escena

VEN. Nada; puedo entrar sin recelo; el canal está desierto. ¡Corazón loco! ¿De qué delirios estás poseído? ¿Cómo es posible que logres alimentar vanas esperanzas? ¿Dónde has puesto los ojos, desdichado? Pero, ¿á qué necias reflexiones? Echada está la suerte; esta mujer es mi vida; su insensata pasión es mi único anhelo.
BER. (Aparte) (Anda echando discursitos, hijo mío; verás la que te espera.)
VEN. (Mirando) Veo la señal. ¿Qué me importa el mundo entero? Sus brazos, y venga la muerte. (Da dos palmadas)
BER. (Aparte) (Justo, palmaditas. ¡Pero, estos enamorados qué disimulo gastan!)
VEN. Soy yo, abrid. (Le abre la puerta y penetra)
BER. Ya está visto; podrá con el tiempo cambiar Venecia, pero las mujeres, serán las mismas por *sécula seculorum*.

ESCENA V

LOREDANO, NICOLO y ALMORO

LOR. Les tengo ya en mi mano. Escucha, Almoro, y no te separes en un ápice de mis órdenes. Penetras con tu gente por la puerta de la casa; al apercibirse de vuestra presencia, los tórtolos abandonarán el nido, y en la puerta de esta tapia buscarán salida; pero en esta puerta, aguardaremos nos-

otros. Entendiendo, que no es mi intento que te apoderes de sus personas.

ALM. Está bien.

LOR. Llama á la gente. (Almoro da un silbido prolongado)

BER. (La cosa se va poniendo fea.) (Aparte)

ALM. Aquí están. (Salen dos Esbirros)

LOR. No perdamos momentos. Que nadie traspase en lo más mínimo mis órdenes.

ALM. Descuidad. (Vase con los Esbirros)

ESCENA VI

Los mismos, menos Almoro

LOR. Oyeme, Nicolo; si al cerrarles el paso, se resistiera el galán, apodérate de su persona; y una vez logres sujetarle, le quitas cuantos papeles traiga encima, á fin de ver si logramos alguna prueba. Una vez hayas terminado tu misión, le dejas en libertad; tiempo tendremos para rematar la obra. El amor de esta mujer trae siempre la fatalidad. Los Plomos se encargarán al cabo, de apagar tanto fuego. ¡Los antifaces!

ESCENA VII

Dichos, VENNIER y VANINA por la puerta de la tapia y con los antifaces puestos, los demás se esconden

VEN. Nada temais, señora; la plaza está desierta.

VAN. Es preciso que nuestras locuras concluyan.

VEN. Pensad que fuera preciso pasar por mi cadáver, antes de llegar á vos.

LOR. (Saliendo) Descuidad, enamorado joven; mi brazo es mayor garantía para la seguridad de esta dama.

VAN. (¡Cielos! ¡Esta voz!...) (Aparte)

VEN. Ciudadano; ¿quién sois para mezclaros en lo que nada os interesa?

LOR. Poco cortés os mostráis en quien brinda un auxilio.

VEN. Es que ni el modo, ni el sitio, ni la hora, son lo más apropósito para infundir la menor confianza.

VAN. (¡Por Dios!) (Aparte á Vennier)
VEN. Abreviemos. (Desenvainando la espada)
LOR. Créolo lo más acertado. En guardia, mequetrefe.
VEN. Sería antes p.eciso veros el rostro.
LOR. Felicitaos de lo contrario. Al arrancarme el antifaz, se caería la espada de vuestras manos.
VAN. ¡Por favor! ¡Deteneos! Ciudadano, el recato de una dama, exige moderar vuestra arrogancia.
LOR. ¡Vuestro recato!... ¿y cómo he de respetaros lo que vos misma arrastráis por el lodo?
VEN. ¡Villano! sea cual sea tu cuna, vas á pagar cara tu insolencia.
(En este momento, Nicolo se le echa encima sujetándole)
¡Infames! ¡Cobardes!
LOR. Ya está satisfecha tu osadía.
VAN. ¡Soltadle! ¡No es este el comportamiento de nu caballero!
LOR. ¡Callad, señora! (Nicolo se lleva á Vennier)

ESCENA VIII

VANINA y LOREDANO

LOR. Ya lo véis; estáis completamente en mis manos. (Se quita el antifaz) Mirad.
VAN. ¡Cielos! ¡Loredano!
LOR. Arrojad vuestro antifaz. (Se lo quita) Yo soy; convenceos de que nada ni nadie del mundo podrá libraros de que á todas partes os siga mi amor. ¡Necio de mí! creía en vuestra honradez, y era lo que solo me desalentaba; hoy, deshecho el encanto que ante mi vista se presentaba, en un momento, los celos han encendído mi sangre, ofuscando mi razón, y sin escrúpulo ninguno, os digo: ¡ó vuestro amor, ó temed mi venganza! Mis brazos, ó los Plomos.
VAN. Haced lo que os plazca. Pongo al cielo por testigo que de nada he de reprocharme. Pero, ¿qué podéis comprender vos, si tan solo se albergan en vuestro corazón el crimen y la ruindad?

LOR. ¿Si pretenderéis convencerme? Id, señora, la góndola os espera; vuestro secreto ya no lo es para mí. Mañana en su palacio, el Dux, vuestro esposo, obsequia con un baile á la nobleza Veneciana. Allí nos veremos. Reflexionad lo que os conviene. Seguramente me estáis maldiciendo en estos instantes; pero yo os suplico que no llevéis hasta tal punto vuestra mala voluntad, pagando mi cariño con tan negra ingratitud. Nada temáis por esta noche. Yo mismo os acompañaré hasta la góndola. Cubríos nuevamente el rostro.

VAN. (Aparte) (¡Estoy perdida!) (Vanse por la izquierda)

ESCENA IX

NICOLO; á poco LOREDANO y BERTRUCCIO

NIC. ¡Vaya con el muñeco! ¿A qué defenderse tanto?... Ni un miserable papel que pudiera compremeterle en lo más mínimo.

LOR. ¡Nicolo!

NIC. Nada, señor. Pero el pillastre tiene puños. Intenciones me venían de...

LOR. Déjale por ahora en paz. Puedes por esta noche disponer de tí. (Vase)

NIC. Dios os guarde.

(Yéndose, se encnentra con Bertruccio)

BER. ¿Y para esto tanto aparato? Ni una mala cuchillada; ni una prisión siquiera.

NIC. Bertruccio, la fiera está jugando con la víctima antes de devorarla.

BER. ¿Y qué es esta cadena rota que cuelga de tu pecho?

(Enseñándole un trozo de cadena con un medallón enredado con un botón ó presilla)

NIC. Es verdad. (Cogiéndola) Sin duda era del caballerito aquel, y forcejeando, se ha prendido sin reparar en mis vestidos.

BER. (Mirándolo) A ver. ¡Un retrato! ¡Vanina! ¡Es ella!

NIC. ¿Qué te pasa?

BER. Nicolo; necesito mañana mismo entrar al servicio del Consejo.

NIC. ¡Estás loco!

BER. Tal vez. Tres dias solo, y vengan después los Plomos.

NIC. Reflexiona...

BER. Es inútil. Mañana Esbirro, y por la noche, invitado al baile del Dux. Vamos.

(Vanse)

Telón rápido

ACTO SEGUNDO

Cuadro 2.º

Telón de rompimiento en el palacio ducal. A través de las tres arcadas, vénse los jardines iluminados con farolillos de colores, y en último término al foro, el canal.

ESCENA PRIMEMA

Cruzan por el foro NOBLES y DAMAS, algunos de los cuales ostentan disfraces. En primer término á la derecha, alrededor de una mesa varios nobles, entre ellos ERIZZO y LOREDANO, juegan á los dados. VENNIER y LIPRANDO disfrazados los dos y cubierto el rostro, aparecen cogidos del brazo por el foro y se adelantan pasando por el proscenio. Reina mucha animación y algazara.

ERI. (A Loredano) Monseñor, que es hoy negra vuestra estrella.

LOR. Altos designios, á los que no hay otro remedio que doblegarse.

ERI. Será que la fortuna, hastíada de protejeros, caprichosa como siempre, quiere volveros la espalda.

LOR. La inmutable ley de las compensaciones.

ERI. (Tirando los dados) ¿Qué os parece? (Contando) Tres... cinco y uno... nueve.

LOR. En verdad que el Consejero envidia vuestra suerte. (Siguen jugando)

VEN. Mucha ha sido mi alegría, querido Liprando, al hallarte de nuevo entre nosotros. Son por desgracia, tan escasos los buenos amigos, que de veras puedo decirte que se me hacía eterna tu ausencia.

LIP. La misión que me fué confiada cerca el Milanesado, terminó, y me felicité de lo que

motivaba mi regreso, ya que no he podido felicitarme igualmente del éxito de mis gestiones.

VEN. ¿Vienes pues desesperanzado?

LIP. Completamente. Como comprenderás, esto viene á echar por tierra el castillo de mis ilusiones.

ERI. Sigue vuestra mala estrella.

LOR. Señores; no quiero rebelarme contra mi destino. El oro, como por encanto ha ido desapareciendo de mi bolsa, llenando las vuestras á la vez. Vóyme al salón, y que la vista de las hermosas venecianas, sirva de lenitivo á mi mala fortuna.

ERI. Nunca habréis escogido ocasión más oportuna para convenceros de la verdad del proverbio.

LOR. Estáis equivocado; no soy en amores más afortunado que en el juego.
(Apartándose de la mesa, y mirando la escena, dice aparte:)
(¿Dónde estará Nicolo? ¡Ah!) (Viéndole en el foro)

ESCENA II

Dichos y NICOLO

NIC. Señor.

LOR. Impaciente me tenías. ¿Has averiguado?...

NIC. Todo. ¿Véis aquellos dos mancebos? El de la derecha es Vennier. (Señalándole)

LOR. No le pierdas de vista.

NIC. Descuidad.

LOR. Es preciso hacer algo más. Oye. Tendrías el atrevimiento y la astucia, aprovechando un rato de distracción, de colgar este pergamino en los jardines?

NIC. (Leyéndolo) Es muy expuesto, Monseñor.

LOR. ¿Expuesto?

NIC. Ved que es un padrón de infamia, y que se apurarán todos los medios á fin de averiguar...

LOR. Desecha necios escrúpulos. ¿Olvidas á quien sirves? ¿Qué garantía apeteces? ¿Mi palabra?... La tienes.

NIC. Quedaréis complacido.

LOR. Cumple tu misión, y aguarda mis órdenes, que no se harán esperar.

NIC. Me hallaréis aquí.

LOR. (Aparte) (Comienza mi venganza. Cállate, corazón; si no puedo darte su amor, que su desdicha te compense. No será tuya; pero, no te inquiete, no será de nadie tampoco.) (Vase foro)

ESCENA III

Dichos, menos Loredano. Nicolo queda oculto en el foro

ERI. Es indudable que la esposa del Dux, trastorna el juicio á nuestro buen Consejero.

LIP. Ahora, cuéntame algo, Venníer; joven, rico y no estar enamorado, son cosas que no caben en una misma pieza.

VEN. Te engañas.

LIP. ¿Acaso no quieres mostrarte franco como en otros tiempos?

VEN. Muy al contratio. Casualmente necesito de una amistad cual la tuya, para desahogar mi corazón.

LIP. Vamos; ya preveo que no me engaño como tú decías.

VEN. Me sucede lo que á Icaro; quiso remontarse hasta el sol, y el refulgente astro, fundió la cera con que se había prendido las alas.

LIP. Solo me convence tu razonamíento, de la buena elección que has hecho. Seguramente no has puesto los ojos en sitio despreciable.

VEN. No te falta razón; pero lo que yo persigo, es un imposible. La mujer que posee por entero mi corazón, no puede jamás ser mía.

LIP. Me va interesando tu relato. Eres el risionario de siempre. ¿Con que no puede ser tuya? ¿Puede acaso ser de otro?

VEN. Y tanto; eomo que lo es.

LIP. ¡Demonio! Esto es más grave. Hasta aquí llegó mi curiosidad. Ya comprenderás que no exigiré saber su nombre.

VEN. Sería inútil, porque primero moriría que revelarlo.

NIC. (Desde el foro) ¿Cómo voy á desempeñar mi cometido? Un loco á quien estorbe la cabeza sobre sus espaldas, es el único que puede exponerse. ¡Ah! ya sé. Bertruccio. No puede con mejores auspicios inaugurar su empleo. (Vase)

ESCENA IV

Dichos menos Nicolo

LIP. De modo, que solamente consigues un amor platónico. Verdaderamente no es tu suerte de las más invidiables. No seré yo tampoco quien te descorazone del todo. Constancia. No se conquistan tan fácilmente las plazas fuertes. Si te permite hablarla de amor, algo vas ya ganando; y si como se desprende de tus razonamientos, es distinguido su rango, no hay que extrañar sus escrúpulos.

VEN. Esta es mi segunda desgracia. No hay en Venecia entera quien en nobleza la iguale.

LIP. Calla, desdichado, no sigas, porque tus vagas indicaciones, me dicen más de lo que deseo saber. Pero, ¿por qué no busca tu corazón entre las nobles doncellas, quien pueda satisfacer tu amor como Dios manda?

VEN. Ni este consuelo me resta. Tú sabes, amigo Liprando, que es un misterio mi nacimiento, que ni siquiera á mí mismo me ha sido dable penetrar. Sin duda fué noble mi cuna; pero, ¿qué medios tengo para justificarlo? La vergüenza que me produciría descubrir á la faz del mundo mi nebuloso origen, imposibilita cuantas ilusiones forjara. La petición sería desatendida, y el padrón de ignominia que sobre mí pesa, con más oscuros caracteres que nunca, me conduciría á la desesperación.

LIP. Exageras, mi buen amigo.

VEN. No pretendas infundirme alientos. Me aprecias demasiado para juzgar con imparcialidad mi triste situación. (Da la una) La una. Me precisa dejarte.

LIP. Buena suerte.

VEN. No sé si será buena ó mala la de esta noche; lo único que puedo asegurarte, es que hoy concluye todo, porque esta incertidumbre me mata! (Vase foro derecha)

LIP. ¡Pobre amigo mío! no hay duda, es Vanina la mujer á quien ama. No en balde juzga imposible su felicidad.

(Vase foro izquierda, cruzándose con Bertruccio)

ESCENA V

ERIZZO, NOBLES y BERTRUCCIO con antifaz

BER. Otra vez, después de veinticinco años en el palacio Ducal. Otra vez los rumores del festin que llegan á mi oído, encubriendo como andrajos el vicio y las más horribles traiciones. Pero no he de ser yo, por cierto, notata discordante. Que me envuelvan á mí también los torbellinos de falsas carcajadas. Que por esta noche, á lo menos, se fijen solo mis ojos en los labios que sonríen, sin descender á los corazones que corroe la infamia. Anudemos en la garganta los gritos de venganza. El palacio ríe, riamos también. (A los de la mesa) Si no fuera indiscreción, me atrevería á rogaros que fuese admitida mi compañía, y que los dados, sacarán de mí cabeza el aturdimiento que los jardines y los iluminados salones me han producido. No conozco mejor antídoto que el juego.

ERI. Ya lo creo, y tenemos en ello verdadero placer, sobre todo cuanto peor sea vuestra fortuna.

BER. Es una señora, que no siempre me trata con la misma constancia.

ERI. Tomad el cubilete.

BER. Allá va pues. (Tirando)

ERI. ¡Buena suerte!

BER. Tirad vas. (Tira)

ERI. Habéis ganado.

(Siguen jugando, mientras por el foro aparece Nicolo)

ESCENA VI

Dichos y NICOLO

NIC. Allá le veo por fin.

(Bertruccio cobra de todos. Uno de los Nobles se levanta y se marcha.)

BER. Vamos, uno menos.

ERI. (Jugando) Vuestra suerte parece cosa de encanto. Le habréis dejado exhausto.

NIC. ¿Cómo llamarle? Y sin embargo, la noche avanza y no puedo perder tiempo.

(Se levanta otro Noble marchándose)

ERI. Os habéis propuesto arruinarnos.

BER. Tranquilizaos; ya os he dicho que no era conmigo constante la fortuna. Desde que nací, soy víctima de sus veleidades.

NIC. El tiempo corre. No sé por qué vacilo en obedecer esta orden.

ERI. Van nuestros últimos ducados.

BER. Despedíos de ellos, amigos míos.

(Tira los dados)

Podéis levantaros. (Recogiendo el dinero)

ERI. Id con Dios; en mal hora se os ocurrió venir aquí á desaturdir, como digisteis, vuestra cabeza. (Vanse)

ESCENA VII

NICOLO y BERTRUCCIO

NIC. ¡Gracias á Dios! (Se quitan los antifaces)

BER. ¿Esperabas?

NIC. Y rabiando. ¿Tienes serenidad y suficiente valor, para colocar este pergamino en los jardines, aprovechando un momento de distracción?

BER. Déjame. (Leyéndolo)

«Dieron á Vanina hermosa,
»viejo, ruín y achacoso;
»y se indemniza la esposa
»de las faltas del esposo.»

Perfectamente. Esto es desollar en verso. Algún amante desahuciado. ¿Si será tal vez el muñeco de anoche?

NIC. Nada de eso. ¿Cómo puedes imaginar que hiciera yo algo por cuenta del tal angelito?

BER. No te falta razón.

NIC. ¿Te atreves pues?

BER. Me ofendes al dudarlo.

NIC. Piensa que el Consejero Loredano, responde con su palabra, de lo que pueda suceder.

BER. Ni falta que hace. Créeme, Nicolo, no le tengo apego alguno á la vida. Voy á cumplir la misión. Poco te figuras, Vanina, quién se encuentra cerca de tí, en el mismo palacio. Será fuerza que lo sepas. No creo que recibas mal á tu antiguo amante. (Vase)

NIC. Queda complacido el buen Consejero. Preparémonos ahora á recibir los acontecimientos como se presenten, y quiera Dios proteger las cabezas que peligran.

(Al irse por el foro, retrocede)

¡El Dux!

(El Dux atraviesa el foro dando la mano á una Dama. Nicolo se va por la derecha.)

ESCENA VIII

VENNIER; á poco VANINA

VEN. Al fin, solo. La noche transcurre y no me ha sido posible hablar á Vanina. ¡No sé que amargo presentimiento me hiela el corazón! Ayer noche, debí morir; me porté como un miserable cobarde. ¿Qué derecho me resta ni para pedir siquiera una mirada de amor? Soy indigno de que pose en mí los ojos. Me avergüenzo de mí mismo. Ni siquiera reparé que entre las manos de aquellos ínfames, quedaba su retrato. ¡Esto es horrible! ¿Qué hice para defenderla?... Nada. ¡Soy un miserable! no soy digno de su cariño.

VAN. (Desde el foro) Es él. (Avanzando con recelo) ¡Vennier! (Se quita el antifaz)

VEN. ¡Señora! (Desconcertado) Por favor, deseaba veros, escuchar vuestro acento, embriagarme al fulgor de vuestros hermosos ojos; pero, os lo suplico, despreciadme, arrojándome de vuestro lado, y aun de vuestro pa-

lacio, que bien merece tal castigo mi cobardía.

VAN. No, Vennier, estáis injusto para con vos. Las consecuencias de lo de anoche, en verdad que pueden serme fatales; pero, vos, pobre amigo mio, nada podíais hacer.

VEN. Sí podía. Dejar mi vida entre sus manos. Esto hace un caballero.

VAN. Pero es que yo no quiero vuestra muerte. Es que prefiero vuestra existencia á la mía.

VEN. ¡Ah, Vanina! me humilláis amándome así.

VAN. Desechad tales ideas. Necesito solamente una prueba de vuestro amor, y pensad, que si bien os será dolorosa, no lo será menos para mí.

VEN. Hablad; á todo me hallo dispuesto.

VAN. Tenéis que ausentaros por algún tiempo de Venecia.

VEN. ¿Qué decís?

VAN. Es necesario.

VEN. ¿Que os deje á la disposición de vuestros enemigos?

VAN. Dejadme con ellos; no importa.

VEN. Tenéis razón. Ayer noche quedó demostrado cuán inútil soy para defenderos de un peligro. ¿Lo estáis viendo, señora? Si vuestras palabras acaban de mostrarme el menosprecio en que me tenéis. No parto. Aquí, á vuestro lado, me hallarán vuestros enemigos; pedid mi sangre, mi vida, todo, todo, pero que ni una frase salga de vuestros labios dudando de mi valor.

VAN. ¡Desgraciado! no intentéis rebelaros contra el destino. Obedecedme; venceos á vos mismo; esta es la prueba de valor que exijo. Os lo mando: ¿no véis que casi podría ser vuestra madre? No me desobedezcáis, si es que algo significa mi cariño. Escoged.

VEN. Está bien, señora; me tratáis como á un niño á quien á todo trance quieren poner en salvo, llegada la hora del peligro. Partiré, sí; pero, reflexionad que me considero deshonrado ante vuestros ojos é indigno de vuestro amor.

VAN. No, Vennier, no. Mi cariño para con vos, me es tan indispensable como el aire que respi-

ro. Os veo desgraciado, y sábelo el cielo, mi sangre fuera poco precio, si derramándola hasta la última gota, alcanzaba vuestra dicha. Bajad la voz.

ESCENA IX

Dichos y aparecen en el foro NICOLO y BERTRUCCIO

BER. La gente se arremolina en un ángulo del jardín, con la sonrisa en los labios... leen un pergamino, y con sonoras carcajadas celebran su contenido.

NIC. Eres un valiente. Allí están.

VAN. Nos espían. No podemos prolongar nuestra entrevista. Dejaos prender este lazo en vuestro vestido, (Lo hace) y aguardad mis órdenes aquí mismo, dentro pocos instantes.

NIC. En cuanto quede solo, apodérate de su persona. Este será su postrer coloquio amoroso. (Se ocultan)

VAN. Es necesario, si no queréis perderos y perderme á la vez. Que religiosamente sean cumplidas las instrucciones que os serán entregadas. Este lazo, orientará al mensajero.

VEN. Soy vuestro enteramente. Ningún derecho me resta para aconsejaros que tengáis el valor de afrontar los peligros. Adiós, señora.

(Le besa la mano; ella le contempla un rato, y detrás de él van Nicolo y Bertruccio.)

ESCENA X

VANINA y luego LOREDANO

VAN. Que se aleje, sí. ¿Cómo puede nunca sospechar el horrible secreto que me une á su existencia?... Que lo ignore. ¡Dios mío! ¡Cómo sabes castigar!

(Al marcharse, Loredano le impide el paso)

LOR. ¡Bien hacen en pintarnos vendado al niño amor!

VAN. (¡Otra vez este hombre!) (Aparte)

LOR. Parece que mi vista os desagrada.

VAN. Estáis equivocado.

LOR. ¿Tengo yo la culpa de hallaros á mis ojos tan encantadora?

VAN. ¿Y la tengo yo de vuestra locura?

LOR. Sí, cuando está el remedio en vuestras manos.

VAN. No insistáis ya más, porque Consejero y todo, arrancaré la hipócrita máscara que encubre vuestra intención.

LOR. Altiva sois, y pláceme por cierto.

VAN. No es altivez. Son vuestras palabras que me sonrojan. Quedad en paz.

(Vase y dice aparte:)

(La ausencia de Vennier me dará el valor necesario. Que parta inmediatamente.)

LOR. Dios os guarde. (Aparte) (Estás en mi mano.)

ESCENA XI

LOREDANO, NICOLO y luego BERTRUCCIO

LOR. ¿De qué me sirve tener esclava á la República entera, de mi poder, si la mayor esclavitud está dentro de mí mismo? Necesito ahogar los gritos de la conciencia, proporcionando siempre nuevas víctimas á su voracidad. Que se hunda todo; Venecia se pierda, si así lo exigiera mi capricho

NIC. Monseñor; vuestras órdeees están ejecutadas. (Oyense risas) ¿Ois? las más insolentes carcajadas celebran la lectura del pergamino.

LOR. ¡Oh! (Con satisfacción)

NIC. Escuchad, Monseñor. Vuestros enemigos no duermen; pensad que los afectos á la causa de Foscari, no han olvidado sus agravios, y que si bien se ha procurado amordazarles con las severas órdenes dictadas, devoran en silencio su mal comprimido enojo y ganan numerosos prosélitos cada día entre la gente del pueblq.

LOR. Precisa un escarmiento. Antes de amanecer estarán en los pozos algunos mal contentos.

NIC. Hay más aún.

LOR. Acaba.

NIC. El verdadero asesino de Almoro, Donato, ha confesado su crimen antes de morir, y el pueblo se ha indignado ante la ligereza con que se condenó á Jacobo Foscari. Podéis suponer que la gente os señala como el único causante del error, y no falta quien asegura vuestro interés, á causa de pasados agravios, en hundir aquella familia.

LOR. ¡Basta!

NIC. Monseñor, creo deber mío no ocultaros nada.

ESCENA XII

Dichos, BERTRUCCIO. Luego DUX, PAJE y después VANINA

(Bertruccio se queda en el foro con el disfraz de Vennier puesto.)

BER. El disfrazado amante, puede gemir en los Plomos, pero su disfraz en mis espaldas, bien podría hacerme equivocar con él.

(Oyense gritos)

DUX. (Dentro) ¡Justicia! ¡justicia! ¡quiero saber quien es este mal nacido infame!

LOR. Retírate. Es él. (Vase Nicolo) ¿Qué sucede, Monseñor?

DUX. Necesito hablar al Consejero. ¡Fuera de mi palacio todo el mundo! ¡Ay del atrevido calumniador que ha osado estampar este insulto á mi persona! Dejo de revestirme con mi dignidad. ¡Cara á cara he de beber su sangre!

LOR. Reportaos, Monseñor, y dadme cuenta de la causa que motiva vuestro enojo.

DUX. Leed.

LOR. ¡Es inaudito!

(En este momento el Paje busca por entre los Nobles, hasta que repara en el lazo que cuelga del disfraz de Bertruccio.)

PAJE. Aquellas son las señas; reconozco el lazo. Tomad. (Dando el pliego á Bertruccio)

BER. ¿Para mí?

PAJE. Sí. No me engaño.

BER. Venga pues. (Lo toma y lee)

LOR. Yo os juro que el castigo será terrible como la ofensa. (Sale Vanina)

DUX. ¡Señora! ¡Leed!

VAN. ¡Dios mío! (Se cubre el rostro)

BER. Que me deje conducir á la Cámara, y que el medallón con su retrato me franqueará las puertas. El diablo lo puso todo en mi mano.

LOR. (Aparte) (¡Ay de tí, Duquesa! y ¡ay de Venecia entera!)

Telón rápido

ACTO TERCERO

Cuadro 3.º

Lujosa antecámara de la Duquesa. Puerta al foro y dos laterales. En primer término á la derecha, una mesa con dos sillones.

ESCENA PRIMERA

El PAJE y BERTRUCCIO por el foro

PAJE. Esta es la contraseña, caballero. Entrad.
(Le introduce á la puerta de la izquierda)

BER. (Aparte) (Verdadero talismán que me abre las puertas cual nunca soñé.)
(Entra por donde le indican. Vase el Paje por el foro)

ESCENA II

BERTUCCIO y VANINA

VAN. (Desde dentro) ¡Salid; salid al instante!
(Saliendo)

BER. Reportaos; os lo suplico.

VAN. ¿Cómo os atrevéis á penetrar hasta mi cámara?

BER. Dejadme hablar.

VAN. Yo haré arrojaros de mi presencia.

BER. Advertid, noble señora, que tomáis por atrevimiento, lo que es sencillamente cumplir vuestras órdenes.

VAN. ¿Qué decís?

BER. Que si no me hubiérais llamado, colocando en mis manos la orden, (Le enseña la carta) y esta contraseña, (Le muestra el medallón) jamás

vuestros servidores me habrían franqueado la puerta de vuestra cámara.

VAN. (¡Dios mío!) (Aparte)

BER. Alejadme ahora si queréis.

VAN. Pero, ¿cómo se encuentra en vuestras manos? ¡Sois un ladrón! ¡Descubrid el rostro!

BER. ¡Pues lo queréis, sea! (Se descubre)

VAN. ¡Cielos! ¡Bertruccio! (Horrorizada)

BER. Veo que no os falta memoria.

VAN. Apartaos de mi presencia.

BER. Lo haré, sí; pero, tendréis antes que escucharme. ¡Vanina! único sol que en mis días venturosos encerrábais mi sér, mi vida!

VAN. ¡Tales palabras! ¡Callad!

BER. No pretendo el sitio que tuve en vuestro corazón. Han pasado aquellos tiempos. Quiero que Vanina, sepa cuán infame es la esposa del Dux. Difícilmente reconocería la una á la otra. Mientras que por su culpa gemía martirizado en los infectos calabozos de los Plomos; mientras que por su culpa, desafiando la muerte después de mil afanes, lograba evadirme de aquel hediondo cautiverio, la infame Vanina, renegando de su amante, y olvidando los más sagrados juramentos, entregaba su mano de esposa á Pascual Malipieri, que es hoy el Dux.

VAN. Estáis engañado. La promesa de restituiros la libertad, fué el único motivo que me obligó á ser la esposa del hombre que decís. Pero, márchate luego de Venecia; no agraves mis sufrimientos con tu presencia.

BER. Es que os estorbo, señora. Por desgracia, mis penas han producido tales huellas en mí, con la ayuda de los años, que ningún atractivo halláis en mi persona. Descuidad; no pretendo haceros la corte. Déjese para los casi imberbes mancebos, á cuyas citas acudís, cuando las sombras envuelven la ciudad.

VAN. ¿Qué significan tales palabras?

BER. Mueven vuestra curiosidad, ¿no es cierto? Mirad las doradas cifras que ostenta mi pecho. (Le enseña la C. y X. bordadas)

VAN. ¡Cielos! Tú, ¿esbirro del Consejo?

BER. ¿Os sorprende? Ya tenéis ahora la explica-

ción del rico medallón que se halla en mi mano. Bien quisiera haceros comprender los horribles tormentos que por vuestro amor sufrí en los Plomos, cuando mi cuerpo descoyuntado completamente, casi exánime, después de las terribles pruebas, era llevado al exíguo calabozo, donde ni siquiera habia espacio para levantar la cabeza, que no me lo impidiera la pesada cubierta de plomo, caldeada como áscua de fuego durante el verano, y fría como un témpano de la Siberia en invierno. En mi ensangrentado cuerpo, miles de insectos saciaban su voracidad y jamás nadie pudo arrancarme una palabra; ni una sola. Desesperado, cuando creían mis verdugos que sucumbiría, el cielo me dió fuerzas, y tras de seis meses de ímprobos trabajos, que solo realiza el hombre cuando trata de lograr su libertad, pude remover las losas de aquel sepulcro, fabricar una débil soga con mis hediondas sábanas, y me deslicé por ella. Me separaban aún cincuenta pies del suelo, cuando llegué al extremo de mi improvisada cuerda, y me arrojé al canal, cuyas aguas amortiguaron el golpe. Esto lo hice por vos, por vos sola; decidme si habéis hecho tanto, y solo entonces os concedo el de recho de acusarme.

VAN. (Aparte) (¡Dios mío! ¡qué maldición pesa sobre mí!) (Alto) No hán sido menos mis sufrimientos; sí, Bertruccio, las consecuencias de nuestro amor, están aún amenazando mi existencia. No sé si debiera decírtelo; pero no quiero que ignores que el fruto de nuestra locura no se ha extinguído aún.

BER. ¿Qué significan tales palabras?...

VAN. Que al poco tiempo fuí madre.

BER. ¡Qué! ¿Es posible? ¡Habla, habla! ¡Dios mío! ¡Todo, todo te lo perdono! Tus livianos amores, los que luego han dominado en tu corazón.

VAN. Te engañas. Te juro por la vida de nuestro hijo, que es una infame calumnia cuanto se dice. Pero, ¿este pliego, cómo vino á tus manos?

BER. Me fué entregado por un Paje en el baile de anoche.

VAN. Hay un misterio ó una lamentable equivocación, que es indíspensable averiguar. El Dux, mi esposo. (Mirando por la izquierda) Retírate.

BER. ¿Cuándo volveremos á vernos?

VAN. Esta noche, en mi cámara.

BER. Adiós, Vanina. ¡Bendígate el cielo! Ahora necesito vivir. (Vase foro)

VAN. Qué nuevo presagio tan terrible pesa sobre mi corazón? (Vase derecha)

ESCENA III

El PAJE, el DUX, y poco LOREDANO

DUX Fuera yo un oscuro ciudadano, y el peso de mi deshonra, atormentara menos mi espíritu. Miserable condición la humana; desvívese para elevar su cabeza, traspasando el nivel de los demás, y cuando ensoberbecida se juzga superior á todos, en un instante, trocados los destinos, rasgando el velo de la majestad lograda con tantos afanes, cae desde el pináculo que ansiara, en la más horrible desnudez de la vergüenza. Nunca tan deshonrado el bonete ducal, hallóse como hoy lo está, cubriendo mis sienes. ¡Vanina! ¡cómo imaginar que tan negra traición escondiera tu angelical mirada! ¿Y si fuese una infame mentira? ¿Qué pruebas en concreto tengo para dudar de su fidelidad? Infame mil veces esta incógnita mano, que impúnemente, y protegida por las sombras de la noche, arroja entre los dos, tal padrón de ignominia. Es necesario averiguar la verdad. Si resultara cierto, necesito completa reparación; mas si por suerte mía, la calumnia hubiera fraguado tal infamia, juro que han de quedar enrojecidas las ondas de los canales.

PAJE. Monseñor Loredano. (Saliendo)

DUX. Que pase.

LOR. Dios os guarde, señor.

DUX. El os proteja, noble patricio. Sentaos y escuchadme.

LOR. (Aparte) (Mi plan va perfectamente.) (Alto) Hablad, Monseñor.

DUX. Necesito del Consejero, y más que del Consejero, del amigo.

LOR. Ambas cosas tenéis, Monseñor.

DUX. Esta noche pasada, habéis sido testigo de la más baja acción que podía hacerse á mi persona. La dignidad del Dux ofendida en lo más sagrado, necesita reparación á la faz entera de la República. Indigno me considerara de la magistratura que aquélla me confirió, si procediera con la más ligera sombra de debilidad.

LOR. Monseñor, el Consejo, estima la honra del Dux como la suya propia. Vuestras palabras coinciden completamente cou nuestros deseos. Escuchad; desde este instante, vais á convenceros de cuán necesaria es á la República la institución del Consejo, y cuán acertada es su perpétua constitución, así como indispensables son sus omnimodas atribuciones, para que sin obstáculo alguno pueda obrar según convenga al Estado. El infame atrevido que colocó en los jardines de vuestro palacio el malhadado pergamino, está ya en los Plomos espirando su crimen, y esta noche se reunirá el Consejo para aplicarle el tormento si acaso no confesara.

DUX. Pero, ¿esto es cierto?

LOR. Podéis vos mismo convenceros.

DUX. ¿Y quién es? ¡Decidlo! ¡necesito saberlo! ¡beber su sangre!

LOR. Un mancebo noble; tendrá á lo sumo veinte años.

DUX. ¡Su nombre! ¡su nombre!

LOR. Creo que es Vennier. No así mismo puedo daros noticias de su familia, porque han sido inútiles todas las pesquisas y consultas que se han hecho en los registros para comprobar su procedencia.

DUX. Algún bastardo; solo de este modo puede explicarse su conducta.

LOR. Oidme ahora, y reportaos. Dos son los ca-

minos que se os ofrecen. El primero, hacer que los Plomos sean un sepulcro, echando al olvido cuanto haya pasado; y el segundo, llegar hasta al fin y depurar la verdad toda.

DUX. Esto quiero. El silencio, sería un nuevo escándalo.

LOR. Reflexionadlo bien.

DUX. ¿Qué significan vuestras palabras?

LOR. Temo ofenderos.

DUX. Sea lo que fuere, os ordeno que habléis.

LOR. Está bien; conste que me obligáis á ello. (Aparte) (Era cuanto deseaba.) (Alto) Dícese que este mancebo, ha mantenido relaciones secretas con la Duquesa.

DUX. ¡Esto más!

LOR. Digo lo que sé, y vos me obligáis. Comprenderéis, pues, Monseñor, que puede el tormento hacer hablar más de lo que á vuestra honra conviene.

DUX. ¡Oh, no! Me sobra energía para castigar á la infame, y hacer pedazos el bonete, arrojando lejos de mí el anillo.

LOR. (Aparte) (Tú mismo me la entregas.) (Alto) Se me ocurre un medio.

DUX. Hablad.

LOR. Trasladar á la Duquesa hasta la sala del tormento, y á la vista del mutilado cuerpo de Vennier, si es que realmente le ama, ella misma se hará traición. Logrando la doble ventaja, de que apenas ha de conservar recuerdo para lo sucesivo de cuanto verán sus ojos.

DUX. Pero, ¿cómo?

LOR. Muy sencillo. Poseo un filtro, que adormecerá completamente á la Duquesa, y sin temor alguno, podremos hacer que despierte á nuestra voluntad.

DUX. En alguna ocasión he oído hablar de vuestras habilidades.

LOR. No les prestéis el menor crédito, Monseñor.

DUX. Acepto vuestra idea.

LOR. Haced que uno de vuestros criados traiga tres copas y un vino generoso cualquiera, aquel que más agradable pueda ser al paladar de una dama.

DUX. (Agita una campanilla y sale el Paje) Falerno y tres copas.

LOR. (Sacándose un pomo) Vedle, y aquí tenéis otro.

(El Paje sale con lo pedido. Loredano vacía el pomo dentro del jarro del vino.)

DUX. ¿Qué hacéis?

LOR. ¿Os extraña?

DUX. Naturalmente. Vamos nosotros á sentir los efectos del filtro.

LOR. Quedad tranquilo. ¿No reparáis este segundo pomo?

DUX. Sí.

LOR. Pues sirve para neutralizar los efectos del otro. La Duquesa, nada sospechará al acercarse la copa á los labios, porque nosotros beberemos del mismo vino; pero unas gotas de este otro pomo, harán inútiles los efectos del filtro que producirá un profundo sueño á la Duquesa. Bebed.

(Echa en dos copas unas gotas del pomo y las bebe haciendo lo mismo el Dux.)

DUX. En verdad que sois hombre extraordinario, y que bien merecéis la admiración de la República.

LOR. Estáis por demás lisonjero. Llamad á la Duquesa. (El Dux agita la campanilla y sale el Paje)

DUX. La señora Duquesa. (Se va el Paje)

LOR. Creo inútil recomendaros el más refinado disimulo. Hacedle creer que se halla preso el infame calumniador, y que están completamente desvanecidas las dudas acerca su conducta. Esto será el motivo de que choquen nuestras copas, brindando por vuestra dicha.

DUX. Mi nobleza se resiste algo á esta doblez; pero no puedo tampoco exagerar mis escrúpulos en emplear ciertos medios.

ESCENA IV

Dichos y VANINA

VAN. (¡Tiemblo! ¿Qué me querrá?) (Aparte)

DUX. Acercaos, señora.

VAN. (Aparte) (La mirada de este hombre hiela mi sangre.)

DUX. Yo os suplico que os sentéis á mi lado, y sería el más feliz de los mortales, si consiguiera que olvidárais para siempre las inicuas sospechas con que he osado ofender vuestra reputación. Perdonadme, señora. Me veis humillado á vuestra presencia, y no debe extrañaros; hacedme el honor de echar un túpido velo á mis impertinentes dudas, que por mi parte, os ofrezco no reincidir en tan ridículos extremos.

VAN. (Aparte) (No habla con el corazón; le conozco) (Alto) ¿Qué puedo contestaros?

DUX. Una sola frase que indique el perdón de mi pasado agravio.

VAN. Ante Dios os juro, El que lee los corazones, que de nada debo avergonzarme.

LOR. (¡Cuánta osadía!) (Aparte)

DUX. No puedo creeros perjura. (Aparte) (¿Si dirá verdad?) (Alto) Chocad vuestra copa con la mía, y sea el brindis de alianza con que solemniza mi cariño, la desaparición de la nube que empañaba mi honra.

(Le ofrece la copa)

VAN. (Vacilando. Aparte) (¿Si pretenderá envenenarme?)

LOR. (Aparte) (Vacila) (Aparte al Dux) (Bebed en su misma copa.) (El Dux lo hace)

DUX. Permitid que se posen mis labios en el mismo borde que los vuestros. Acompañadnos también, Loredano.

(El Dux ofrece su copa á Loredano)

VAN. (Nada debo temer ahora.) (Aparte, bebiendo)

(Chocan las copas y beben los tres)

DUX. Para tranquilizaros, añadiré que se halla preso en los Plomos, el infame calumniador y que será terrible su castigo. Tal exige mi honra y vuestra fama.

VAN. Quedo doblemente reconocida á vuestro celo. (Turbada) Permitidme que me retire.

DUX. ¿Os sentís indispuesta?

VAN. No sé; un ligero vahído turba mi cabeza.

LOR. El filtro produce su efecto. (Al Dux)

VAN. Mis párpados se cierran... perdonad... me siento... morir... (Queda dormida)

DUX. Está profundamente dormida.

LOR. Dos de mis secretos servidores la conducirán á la Sala del Consejo.

DUX. No perdamos momento.

LOR. Por fortuna, no tenemos que atravesar más que el puente de los Suspiros y es el sueño profundísimo. Aguardad breves instantes.

(Se va)

DUX. Que no resulten ciertas mis sospechas. Quiera Díos protejerte si fueras culpable; el despertar de tu sueño sería fatal para los dos; yo te juro, Vanina, que fuera entonces tu sueño el de la eternidad.

(Aparecen Nicolo y Bertruccio con Loredano, los cuales se llevan á Vanina.)

Cae el telón



ACTO CUARTO

Cuadro 4.°

La sala del Tribunal de los Diez. Al fondo, una tarima á la que se sube por dos ó tres gradas y una larga mesa cubierta con un paño negro. Detrás de aquélla diez sillones. Un paño negro tapiza la pared en todo el trozo que ocupa el Tribunal. En medio de él aparecen una C. y una X. bordadas en oro, y debajo de ellas esta inscripción latina: "*Concordiœ et quietis publicœ tenacissimum vinculum.*" En el foro, á la izquierda y derecha, puerta. Otra en primer término que conduce á la sala del tormento, y á la derecha un ventanal que da á la plaza de San Marco. Una lámpara esparce siniestra luz por la escena.

ESCENA PRIMERA

VITTORIO y BERTRUCCIO

VIT. No dudéis que el Consejo es la mayor salvaguardia de la República, y que no es dado á todos los ciudadanos conocer sus procedimientos.

BER. (Aparte) (Ciegos, imbéciles, así fraguan dentro estas paredes los más horrendos crímenes.) (Alto) Estáis en lo justo. Y decidme: ¿ha mucho tiempo que os honráis con el cargo de guarda de los Plomos?

VIT. Lo era ya mi padre.

BER. Según esto, es en vuestra familia hereditario tal empleo.

VIT. No estáis muy lejos de la realidad, si consideramos que mi abuelo, iba ya con las llaves entre las manos.

BER. Honra esto sobre manera vuestra ascendencia. Muy satisfecho se hallará el Consejo, de vuestro comportamiento. (Aparte) (Una familia de asesinos.)

VIT. Tengo un verdadero orgullo en declarar que jamás se me escapó preso alguno; porque, á deciros verdad, de ninguno me fío.

BER. Sin embargo, alguno habrá que pueda inspirar más confianza que otros.

VIT. ¿Sabéis solo en quién la tengo? En estas. (Enseñando las llaves)
A mi padre, le sucedió una vez, que llegóse á apiadar de un preso, y le consintió cosas que están aquí completamente prohibidas; tal fué el interés que supo inspirarle. El le dejaba libros, le proporcionaba papel, plumas, tinta; ya véis, cosas todas que están vedadas.

BER. Vamos, mucho eran de agradecer tales atenciones.

VIT. ¿De agradecer decís? ¡Valiente modo de agradecer tuvo para con mi pobre padre, el tal preso!

BER. Pues, ¿qué hizo?

VIT. Largarse por la cubierta.

BER. ¡Sí que fué atrevimiento!

VIT. Ya lo creo.

BER. (Se referirá á mi evasión.) (Aparte)

VIT. Su nombre era Bertruccio. No se me olvidará fácilmente, como no lo olvidó mi padre durante toda su vida.

BER. ¡Vaya con el tal Bertruccio! ¡Valiente pícaro debía ser!

VIT. Desgraciado de él que hubiese caído nuevamente en nuestro poder.

BER. ¿Sí, eh? (Aparte) (¡Diablo! y qué buenas ausencias.) (Alto) Escuchadme; quisiera pediros un pequeño favor. ¿Sabéis si se reune hoy el Consejo?

VIT. En efecto. El acusado, es un jovencito como un estudiante, y se me han señalado cincuenta sueldos para su manutención, lo cual me prueba su nobleza.

BER. Fuí yo casualmente quien me apoderé de su persona, y creedme, que me interesó su juventud. ¿Sabéis de qué se le acusa?

VIT. De haber puesto un pergamino infamante en el jardín del palacio del Dux.

BER. (Aparte) (Esto es una infamia.) (Alto) Pues bien, desearía, á seros posible, que me per-

mitiérais hablar con él algunos momentos.

VIT. Siento no poderos complacer. El Consejo no tardará en reunirse, y será llamado á declarar. Además, no tiene un solo zequí, y nada de él podéis esperar.

BER. (Aparte) (¡Miserable!) (Alto) Siendo así, la verdad... (Aparte) (No infundamos sospechas.)

VIT. Os dejo solo; perdonad.

BER. Id en paz... (Aparte) (Ultimo vástago de una dinastía de bribones.)

ESCENA II

BERTRUCCIO solo

No sé que encontrados presentimientos batallan dentro de mí. Parece extraño, y me arrastra hacia este desgraciado Vennier, una particular simpatía. Pero, es que lo que pretende hacerse con él es una villanía; acusarle de lo que yo soy culpable; y no puede haber error, este mónstruo de Loredano, más que á nadie le consta la verdad, él es único autor, aunque fuí yo la mano, y lleva al colmo su infamia, siendo él mismo quien culpa al inocente. Lo mismo hiciste con el desgraciado Olivier, al acusarle de un asesinato, del cual, te constaba su inocencia. Ni tus ciegos servidores logran escapar tampoco. ¿Qué pago diste al infeliz mercader que fingiéndose confidente de Jacobo Foscari, en su destierro, labró su perdición? El pago fué su reclusión en los Plomos; cerca de mí exhaló su último suspiro. En mi poder, y de su propia mano, escritas tengo las pruebas. ¡Quién sabe! ¡quién sabe si ha de ser el arma que me defienda de tanta traición! He de saber lo que ocurre aquí esta noche. No me es tan indiferente Vanina. Creo que un terrible misterio nos envuelve, y es necesario que yo pueda hablarla. ¡Díjome que era padre! y á toda costa he de saber dónde se halla el fruto de nuestros amores.

(Mirando por la puerta derecha del foro)

Ya se acercan estos sayones, que tienen con su omnímodo poder aterrorizada la República. ¡Ay del día que levante el pueblo su cabeza, cuando cansado de sufrir descorra el velo! ¡Venecia, naciste para ser esclava! ¡bien merece tal yugo, quien está falto de energía para sacudirlo! (Vase izquierda foro)

ESCENA III

LOREDANO seguido de los *nueve Consejeros* restantes, ocupan los sillones del Tribunal. Aparecen luego *dos ejecutores* que se quedan á la puerta. Luego VITTORIO.

LOR. Celosos magistrados: la más ruin y baja de las acciones, se ha ensañado en el honor del Dux, que debemos considerar como nuestro honor propio. Un acto de incomprensible osadía, realizado como sabéis, en los mismos jardines de su palacio, ha llenado de la más justa indignación la República. Mientras esté en suspenso el castigo del infame calumniador, la vergüenza enrojece nuestros rostros. Caiga pues sobre el miserable, todo el peso de nuestra justicia.
(Agita una campanilla y aparece Vittorio)
Que se presente el acusado.

ESCENA IV

Dichos y VENNIER, acompañado de VITTORIO

LOR. ¿Vuestro nombre? (A Vennier)
VEN. Vennier.
LOR. ¿Quiénes son vuestros padres?
VEN. Lo ignoro.
LOR. Queréis ocultarlo, y no seré yo por cierto quien lo repruebe. ¿Os avergonzáis por ellos, no es cierto?
VEN. Nunca salió de mis labios la mentira. No he conocido jamás los que me dieron el sér. Y cuando así fuese, juro ante Dios, que nada hay en mis actos de deshonroso para ellos.

LOR. ¿Sabéis de qué se os acusa?

VEN. Lo ignoro también, Monseñor.

LOR. Ignoráis que durante el baile celebrado en el palacio ducal, apareció un pergamino infamante para el Dux, colgado en los jardines?

VEN. Digo, que es esta la primera noticia que del suceso ha llegado hasta mí.

LOR. Pensadlo bien; no hagáis recurrirnos á extremas medidas, contra las cuales se estrellará vuestra firmeza. Sois joven, vuestra temprana edad, interesa la clemencia del Consejo, y una franca confesión, puede mover nuestro ánimo, usando de la mayor clemencia posible.

VEN. No entiendo vuestras palabras, Monseñor.

LOR. Sabed que el Consejo tiene la firme persuasión de que el culpable sois vos.

VEN. ¡Es posible!

LOR. Vuestra sorpresa claramente indica que os ha desconcertado el descubrimiento.

VEN. Estáis equivocado, Monseñor, y siento deciros, que interpretáis muy mal mis sentimientos.

LOR. Reconoced este pergamino. (Enseñándoselo)

VEN. De ningún modo, Monseñor. Quemara mi mano antes de emplearla en tal ruindad. Se subleva mi sangre al imaginar que fraguara mi cabeza tan ruín cobardía.

LOR. No os falta presencia de ánimo ni persuasivo tono; pero, considerad que este sagrado tribunal, no se equivocó jamás. ¿Juráis pues ante los Santos Evangelios, que no habéis jamás atentado contra la honra del Dux?

VEN. (¡Oh, Dios mío! ¡Vanina!) (Aparte)

LOR. ¡Vaciláis! comprendo vuestra repugnancia en ser perjuro. Confesad, confesad.

VEN. ¡Nunca!

LOR. Siento que sean inútiles mis palabras de persuasión. Tiene medios el tribunal para arrancar los más recónditos secretos. Por última vez os intimo.

VEN. Haced de mí lo que os plazca; yo no puedo confesarme reo, de lo que ni siquiera cruzó por mi imaginación.

LOR. Se os aplicará el tormento.

VEN. ¡Mejor fuera arrancarme de una vez la vida! ¿Pretendéis deshonrar vuestras investiduras con el martirio de un inocente?

LOR. ¡Callad, desdichado! ¡Callad, si no queréis que una mordaza cierre vuestros labios! Ya se acabó la piedad para con vos.
(Dirigiéndose á los ejecutores que se apoderan de Vennier)
¡A la rueda inmediatamente!

VEN. ¡Temed la justicia divina! ¡Os desprecio; mi palabra valen más que vuestras infamias!

LOR. ¡Pronto! ¡Sacadle!

ESCENA V

Dichos menos Vennier; á poco el DUX; después VENNIER

LOR. Yo suplico al Consejo que no tome nota de las palabras pronunciadas por el infeliz acusado. Su edad nos dispensa de ello. Odiemos el crimen, y compadezcamos al delincuente.

VIT. (Anunciando) ¡El Dux! (Todos se levantan)

LOR. Monseñor, el Consejo se ocupa en lo que á vuestra honra conviene.

DUX. El Dux está altamente reconocido al noble interés que demuestra; pues, en tan sabio tribunal fía la cumplida justicia que merece el culpable.

LOR. Nobles magistrados; inútil creo recomendaros hoy como nunca, el secreto de las diligencias que dentro breves instantes se efectuarán á nuestra vista. Altas razones de Estado lo exigen y la inviolabilidad de nuestro tribunal. (A Vittorio) Que venga nuevamente el acusado.
(Vittorio entra por la puerta lateral donde se supone la sala del tormento, saliendo enseguida por ella Vennier, destrozados los vestidos, con el semblante descompuesto y apoyándose en los dos ejecutores.)

VEN. ¡Matadme! ¡Infames! (Al Dux) ¡Señor, piedad! ¡No permitáis que así se sacrifique un inocente!

LOR. ¡Silencio! Sostenedle. Bien quisiera no haber recurrido á tal estremo; cosa que habríais evitado con la confesión.

VEN. ¡Jamás!

LOR. ¿Persistís negando?

VEN. ¡Mientras me quede un soplo de vida!... ¡cuando ni fuerzas me resten para hablar, en mis ojos leeréis lo que ni balbucear pueda!

LOR. Mirad que será ahora la *estrapada*, el tormento que ha de descoyuntar completamente vuestros miembros.

VEN. ¡Saciad vuestro inmotivado rencor, fieras!

LOR. Solo conseguis con tales frases empeorar vuestra situación; y creedme, admiro vuestro valor, y duéleme no tengáis más laudable motivo de emplear vuestra energía.

VEN. Hacéis mal en admirarme; ¡yo os aborrezco! .. y matadme, matadme, porque si no lo hiciérais, Venecia entera sabrá los infames manejos de vuestro tenebroso proceder.

LOR. Llevadle otra vez, y que sufra veinte vueltas en la *estrapada*, hasta que caiga desfallecido. Id ahora á anunciar á Venecia las decisiones del Tribunal.

VEN. (Aparte) (¡Vanina! para tí mi último pensamiento!) (Se lo llevan)

ESCENA VI

Loredano baja á hablar con el Dux, da una orden á Vittorio, y á poco NICOLO y BERTRUCCIO salen por la puerta izquierda del foro conduciendo dormida á VANINA en el mismo sillón del acto anterior.

DUX. (A Loredano) ¿Si será realmente inocente este mancebo?

LOR. Vais á convenceros de lo contrario.

(Viendo que dejan en medio de la escena y de cara á la sala del tormento á Vanina.)

¡Ni una palabra!

BER. (Aparte) (¿Qué va á pasar aquí?)

LOR. Retiraos de su vista. (A Vittorio) Dad orden que comience el tormento.

(Vittorio lo hace. Loredano acerca un pomo de sales al rostro de Vanina, la cual despierta poco á poco horrorizándose según se indica.)

VAN. ¡Dios mío! ¡Qué horrible pesadilla! ¿Dónde estoy? ¡La sala del Tribunal!... ¿Deliro? ¿Sueño?...

VEN. ¡Infames! ¡Asesinos! (Dentro)
VAN. ¡Esta voz!...
LOR. ¡Mirad, señora!
VAN. ¡Ah! (Grito horrible) ¡¡¡Hijo mío!!!
(Cae desvanecida)
BER. (Aparte) (¡Maldición!) (Queda aterrado)
DUX. ¡Su hijo, díce!
LOR. (Aparte) (¡Ah! ¡Esto es más de lo que quería!)

Telón rápido

ACTO QUINTO

Cuadro 5.º

Sala corta, rica

ESCENA PRIMERA

VANINA dormida en el sillón, y cerca de ella el DUX de pié, mirándola fijamente.

DUX. Terrible será tu despertar. «¡Hijo mío!..,» esto has pronunciado. Qué pruebas necesito de mi deshonra, cuando tus mismos labios han marcado con el fatal estigma, tu pasado? Mi venganza ha de ser tal, que satisfaga por entero la ofensa.

(Vanina hace un movimiento)

No quiero que mí presencia aclare la situación; que sufra la duda. Le atormentará doblemente la idea de si fué sueño ó realidad lo que han visto sus ojos. ¡Desgraciada mujer! ¡cuánto te valiera no despertar ya!

(Vase derecha, mirándola receloso)

ESCENA II

VANINA y a poco BERTRUCCIO

VAN. (Despertándose poco á poco) ¡Infames! ¡Hijo mío! ¡Malditos seáis! (Volviendo en sí) ¿Qué es esto? ¿Será una horrible alucinación lo que he sufrido? ¡La sala del Consejo! ¡el fatídico tribunal! ¡mi hijo revolcándose entre el más atroz suplicio! Sí, mi cámara es aquella.

(Señalando á la izquierda)

Este es el palacio. ¡Todo está tranquilo!... no sueño, estoy despierta. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Es necesario que reconstituya mis ideas. La terrible escena se ha presentado á mis ojos con tal realidad, que juraría haberlo visto todo, oir los gritos agonizantes del hijo de mis entrañas. Necesito aire, luz.

(Al dirigirse al foro se encuentra con Bertruccio)

BER. ¡Vanina! ha sonado la hora de las explicaciones. Pronto; habla. ¿Qué es de nuestro hijo?

JAN. Un fatal presagio me anuncia que está en peligro su vida.

BER. ¡Desdichada mujer! tu hijo ya no es más que una informe masa de carne, nervios y músculos, sin esperanza alguna de vida.

VAN. ¡Ah! entónces, ¿es cierto? En tal caso, yo misma he presenciado su suplicio?

BER. Esta ha sido la última hazaña de nuestro implacable enemigo.

VAN. Corramos, corramos á salvarle.

BER. ¡Salvarle! ¿Cómo? No así abandona la presa que ha hecho su garra.

VAN. ¿Qué me importa la vida?

BER. Mucho; debes guardarla hasta que llegue el instante de entregarla á los verdugos de nuestro hijo, si con ello logras salvarle. Escucha; ¿sabe él acaso, que eres su madre?

VAN. Lo ignora; he procurado tenerle siempre cerca, guardando para todo el mundo, hasta para él, el secreto de su nacimiento.

BER. Y no vacilabas en que pasara por tu amante, y que se lo creyera él mismo. Esto ha labrado su desgracia. ¡A qué desastrosas consecuencias nuestra locura nos ha arrastrado!

VAN. ¡Créeme, soy digna de lástima! Yo te amaba con delirio; al poco tiempo que me habían separado de tí. un nuevo sér se agitó dentro del mío; era el fruto de nuestra ceguedad. Mi padre, con una crueldad inaudita, dió la orden de ahogar el tierno infante, y un anciano servidor de mi casa, apiadose de mi desesperación y en secreto le cuidó, haciéndole hombre luego. Yo no podía resistir á verme separada de mi hijo, y este

exceso de maternal cariño, le habrá perdido. Esta noche pasada acudió al baile como siempre.

BER. Sigue.

VAN, Le supliqué que marchara de Venecia hasta nuevo aviso, pues el infame Loredano, nos sorprendió en una de nuestras entrevistas nocturnas, que realizábamos en uno de los extremos de la ciudad.

BER. ¿Qué más?...

VAN. Desde aquel instante, ví su existencia amenazada, porque el implacable Consejero me ama.

BER. Pues bien; la obra que tú empezaste comprometiendo al hijo, la acaba su mismo padre. En aquella noche me apoderé de su medallón que inadvertidamente perdió.

VAN. ¡Gran Dios!

BER. Continúa; el tiempo apremia.

VAN. Como te he dicho, le supliqué la noche del baile que se ausentara, y le coloqué un lazo mío en su traje, para que fuese reconocido por el mensajero que debía entregarle un pliego.

BER. ¡Justicia de Dios! Es preciso que lo sepas ahora todo. Yo fuí quien por segunda vez me apoderé en el baile, de su persona; yo, quien tomó su traje, y orientado por el lazo que en él pusiste, á mí me entregó el pliego tu servidor.

VAN. Pero esto es Providencial.

BER. Infernal, estaría mejor dicho.

VAN. Echada está nuestra suerte; me arrastraré á los pies del Dux; se lo confesaré todo; le suplicaré que aplaque su venganza, derramando hasta la última gota de mi sangre, y que sácie su odio en mí; pero, que libre de la muerte á nuestro inocente hijo.

BER. ¿Y qué lograrás? ¿sabes qué? perderos los dos. La nobleza no puede emplearse contra la astucia de la zorra. A tu vista, el traidor Consejero, martirizará á nuestro hijo, gozándose en proporcionarle la muerte más horrible. A favor de un narcótico, lograron tu desvanecimiento, y trasladada al salón del Consejo, sin que de nada te apercibieras,

han puesto á la prueba del tormento al desgraciado, y al despertar del letargo, á la vista de tanta crueldad, has exclamado: «¡Hijo mío!» y este grito salido de tu corazón, ha confirmado su sentencia.

VAN. ¡Ah, infames!

BER. Oye; el motivo que se han valido para acusarle, es la más refinada calumnia; se le acusa de ser el autor del pergamino infamante puesto en los jardines del palacio.

VAN. No es posible.

BER. Maldíceme de una vez ó compadéceme, que de ambas cosas necesito. La mano que fijó aquella ofensa, fué ésta, y ésta, no hizo otra cosa que cumplir las órdenes de Loredano.

VAN. Y él, que es el único á quien consta la inocencia de nuestro hijo, es quien le acusa. ¡Cómo es posible que la tierra no se avergüence de sostener en su superficie á séres tan miserables!

BER. Por fortuna el descontento se hace general; el pueblo se ha cansado de ver que las mazmorras de los Plomos, van llenándose sin que nada lo justifique. A tal punto hemos llegado, que ni al despedirse dos amigos, pueden asegurar si volverán á verse. Algunos nobles, secundados por la gente del pueblo, intentan sacudir tan odioso yugo, y á este fin, se reunen esta noche en la taberna de maese Donato. Sabrán estas nuevas infamias; nos dirigiremos al palacio y asaltaremos la Sala del Consejo si preciso fuese. Declararé al Dux, tu esposo, la verdad; que me prenda á mí. Toma. (Le da un paquetito) Eres en este momento la única persona en quien puedo fiar este depósito. Si se te presentara quien fuese, mostrándote el medallón con tu retrato, entrégalo sin vacilar. Dije que era necesaria la astucia, y esto salvará mi retirada. Son palabras de agonía estampadas por las víctimas del insaciable tirano. Y ahora, adiós, quiera el cielo protegernos, y que los padecimientos no hayan arrebatado la vida de nuestro hijo.

(Vase)

ESCENA III

VANINA; á poco el DUX

VAN. ¡Virgen Santa! Tú que fuiste madre, que cual yo, en manos de impíos sayones viste martirizar al Hijo de tus entrañas, apiádate de mi justo dolor. Venga para mí sola el castigo; pero, salva al inocente, redobla la pena, que no se abrirán mis lábios para una queja, y con la sonrisa, como los mártires, sufriré todo el peso de la expiación.

DUX. Señora; no son lágrimas lo que exigen mis agravios.

VAN. ¡Ah!

DUX. Guardadlas, que tal vez para más tarde, las necesiten nuestros ojos.

VAN. Yo os juro...

DUX. Dejad inútiles protestas. Necesito una explicación y saber la verdad. Yo soy quien os jura llegar hasta la raiz de este inmundo cáncer. Entrad. (Entran á la puerta de la cámara)

Mutación

Cuadro 6.°

La taberna de Donato. Puerta al foro y laterales. Mesas y sillas ocupadas por gente del pueblo, y algunos Nobles, entre ellos Erizzo y Liprando.

ESCENA IV

ERIZZO, LIPRANDO y luego BERTRUCCIO

LIP. Puedo aseguraros que es una infame mentira. Apuesto mi cabeza. Vennier es incapaz de tan villana acción. Habrá convenido por otros motivos, perderle, y el capricho, única ley del Consejo, que con vergüenza del orbe entero, rige nuestros destinos, ha hecho presa en nuestro infortunado amigo.

ERI. Nuestra cobardía bien merece tales abusos.

HOM. 1.° La sangre de Jacobo Foscari, clama venganza.

LIP. ¿Estáis dispuestos á todo?

TODOS. ¡Sí! ¡sí!

LIP. Pues no dudéis; el pueblo que quiere ser libre, lo es.

BER. Ciudadanos; sé el motivo que os tiene reunidos, y desde ahora me uno á vosotros; pues nadie tiene en la República tantas ofensas del aborrecido traidor, como yo.

LIP. ¿Y quién sois vos?

BER. ¡Mirad! (Enseña la C. y X. del pecho)

TODOS. ¡Muera! ¡muera! (Amenazándole)

BER. Dejadme hablar antes, y si viérais doblez en mis palabras, ó traición en mi conducta, matadme sin piedad. Soy Bertruccio. El que escapó de los Plomos hace veinte años.

LIP. ¿Vos?

BER. Yo mismo; el deseo de venganza me ha impelido nuevamente á mi patria, á la cual hallo sumida en la más vergonzosa tiranía. Cerca mí espiró el infeliz Olivier. El traidor Babilacqua, después de cometer la infamia de acusar falsamente á Jacobo obedeciendo las órdenes de Loredano, halló en los Plomos la recompensa.

LIP. Una nueva víctima gime hoy dentro aquellas paredes. Mi buen amigo Vennier.

BER. ¿Es amigo vuestro? Abrazadme.

LIP. ¿Os interesa?

BER. Como un hijo. ¿Estáis dispuesto á salvarle?

LIP. Con alma y vida.

ERI. Y yo.

HOM. 1.° ¡Todos! (Los demás asienten)

BER. Pues sabed que el autor de lo que se acusa al desdíchado Vennier, es el mismo Loredano.

LIP. Ya no puede llegarse á más. ¡Muera el infame!

TODOS. ¡Sí, sí! ¡Muera!

BER. Ahora que sabéis quien soy y las intenciones conque llevo la aborrecida marca de familiar del Consejo, matadme si queréis.

TODOS. ¡No! ¡no!

BER. ¿Estáis dispuestos á morir antes que rendiros?

TODOS. ¡Sí! ¡sí!

BER. Salvemos pues á Venecia de tantos horrores. Me pondré frente á frente del tirano. Juremos por nuestra salvación derramar hasta la última gota de nuestra sangre para salvar á Vennier, y hundir al infame.

TODOS. Juramos.

BER. (A Liprando) Escuchadme vos; si como podría suceder, no saliera del Consejo, tomad este medallón; presentaos á la esposa del Dux, y os entregará un pliego que pondréis al punto á las manos del Dux mismo. Y ahora, que Dios nos proteja, y á la plaza de San Marcos. (Vanse todos)

Telón rápido



ACTO SEXTO

Cuadro 7.º

Salón en el palacio de Loredano. Un balcón á la derecha y puerta á la izquierda. Lujosos muebles.

ESCENA PRIMEMA

LOREDANO; á poco NICOLO

LOR. ¿Quién puede sustraerse á la fatalidad del destino, cuando en la misma cuna, sella ya la infamia, el nacimiento de la humana criatura? Desgraciado Vennier, que en los más hermosos años de tu vida, el infierno te ha entregado á mis manos, para que fueras el objeto de mi venganza. Verdaderamente inspira compasión tu desgracia. ¿Tengo yo la culpa? No. Mis odios no se dirigen á su persona: aquella que te dió el sér, según su confesión misma, podía evitarte los padecimientos que has sufrido, con solo tener una palabra de amor para mí. Ahora no hay remedio; morirás.

NIC. Monseñor....

LOR. ¿Qué ocurre?

NIC. El pueblo se arremolina en la plaza y con sordos murmullos y amenazadoras miradas, llega hasta el pie mismo de los balcones del palacio. Algunas frases he podido entender, que á no equivocarme, demuestran los primeros fulgores de una premeditada revuelta.

LOR. ¡Oh! ¡desgraciado del que se atreva!

NIC. No han dejado de llamarme la atención, al-

gunos nobles entre el pueblo mezclados, y no con el ánimo de apaciguar las turbas, sino con el decidido propósito de infundir alientos y ganar prosélitos.

LOR. Que se refuercen inmediatamente las guardias, y al menor movimiento, que carguen sin compasión alguna contra la multitud.

(Vase Nicolo)

En cuanto á estos señores nobles mal contentos, dentro pocas horas, podrán exhalar sus furores bajo la cubierta de plomo del palacio. El castigo ha de ser terrible, tanto como su traición. Venís á disputar á la fiera la carne que tiene entre sus garras... no importa; sus aceradas uñas harán presa en vuestros cuerpos.

ESCENA II

Dichos, ALMORO y el DUX

ALM. El Dux, monseñor.

LOR. ¿El aquí? ¿Qué me querrá?

(A Nicolo que se va con Almoro)

Retírate.

DUX. Sin duda os extrañará mi presencia.

LOR. Monseñor, es siempre grata para mí.

DUX. Conozco vuestro celo en pró de la justicia, y esto es la causa que me obliga á presentarme á vos.

LOR. Hablad.

DUX. Habéis sido testigo de mis mayores infortunios, y por más que me pesa recordarlo, sabéis lo que motiva también, la vergüenza que sube á mi rostro.

LOR. Me consta, señor, y no dudaréis, espero, del interés que me he tomado por vuestra honra ultrajada. Si más pude haber hecho, no lo achaquéis á otra cosa que á mi ignorancia.

DUX. Estoy convencido de vuestras palabras. La justicia debe ser tan severa en castigar al culpable, como pronta en remediar los errores que hubiese podido cometer. Solo hay un Tribunal que porque lee las conciencias

no puede equivocarse: este Tribunal no pertenece á la tierra. En este valle de lágrimas, debajo la investidura del magistrado, está el hombre, y el hombre puede equivocarse.

LOR. ¿Dónde vais á parar, monseñor?

DUX. Lo sabréis en breve. Con una explicación de los sucesos acaecidos en época que nunca podía considerar que sirvieran para ofender mi persona, me ha dado mi esposa, arrasados en lágrimas sus ojos y con muestras del más acerbo dolor, la clave del enigma, que me habría sido indescifrable, no recurriendo á este medio.

LOR. El enigma estará solucionado, según decís, pero os aseguro que se presenta para mí, más confuso que nunca.

DUX. Duéleme remover hechos que nada tienen de lisonjeros para mi honor, pero hablo al Consejero, y es preciso que os ponga en antecedentes á fin de evitar peores males. Sabed pues, que el infeliz joven Vennier, es hijo de mi esposa.

LOR. Lo sospechaba por la exclamación lanzada al presenciar su tormento. Seguid, monseñor.

DUX. En época que ninguna obligación tenía para respetar mi honor, siendo una niña casi, enamórose de un tal Bertruccio; sus padres se opusieron, acúsose al infeliz amante de no sé que traición, y fué encerrado en los Plomos, de donde escapó algún tiempo después.

LOR. Recuerdo algo.

DUX. En el seno de Vanina agitóse el fruto del desgraciado amor. Contra las órdenes de su anciano padre, logró salvar milagrosamente la vida del tierno vástago, y sabed por último, que en el mundo, se le conoce hoy por Vennier. Obligósela luego á entregarme su mano de esposa, y hasta hoy ha guardado el secreto.

LOR. Pero, vuestro nombre, necesita completa reparación.

DUX. Tal pienso, pero, no ha de consentir en hacer pesar una falsa acusación sobre una cabeza inocente.

LOR. ¿Qué decís?

DUX. Que Vennier, no fué quien colgó en mis jardines el infamante pergamino. Ni vos, ni yo, podemos en conciencia hacernos cómplices de tamaña injusticia.

LOR. ¿Qué pretendéis?

DUX. La libertad del acusado.

LOR. ¡Cómo! ¡Deliráis, monseñor! ¿Dónde queda el prestigio de la justicia?

DUX. ¿A qué llamáis prestigio? ¿al sacrificio de un inocente? ¡Oh! reniego de la justicia que para mantener el respeto que á ella se debe, ve claramente el error, y con mal entendido orgullo, no se detiene en su camino.

(Va á la ventana)

¿Véis? el pueblo se congrega á las puertas de nuestro palacio. Mostradle pues, que si por un mal entendido celo, se acusa un inocente, celoso guardian del santuario de las leyes y de la paz pública, sabéis dar cumplida satisfacción al ofendido. Este es el prestigio de la justicia que demuestra al pueblo la confianza que debe tener en su imparcialidad.

LOR. Es imposible; si en tan poco apreciáis vuestra honra, el Consejo la estima en mucho más que aun siendo suya. No me asusta tampoco la actitud del pueblo; antes que mostrar ante sus alardes nuestra debilidad, fuera preciso que hollaran mi cadáver, y os juro que para llegar hasta mí, algo habría de costarles.

DUX. Ved que lo exijo.

LOR. Ved pues, que el Consejo de los Diez, á nadie, ni al mismo Dux, debe dar explicación de sus actos. El acusado está en nuestro poder, y es inútil todo.

DUX. Nada me resta que deciros; lucharemos pues, y tenedlo entendido, Consejero Loredano, si el pueblo necesita de mí para acabar de una vez tanta injusticia, no me mostraré sordo á sus voces. Que Dios os guarde.

LOR. Pensad mejor vuestras palabras, y permitidme que os acompañe hasta el dintel de mi palacio. (Aparte) (No me conviene que marche solo.) (Se van)

ESCENA III

NICOLO y BERTRUCCIO por la derecha

NIC. Esto no es posible, Bertruccio.
BER. Digo que el Consejero me ha de oir.
NIC. El pueblo, amotinado pronuncia tu nombre, y no hay duda que le estás alentando en su locura.
BER. Claro que si.
NIC. Pues no ha de ser. Poco me costará delatarte.
BER. Te costaría la vida. Reflexiona un momento, que tú eres solo quien te enteraste de mi permanencia en Venecia, y no tan solo no cumpliste tu obligación, sino que por tí, ocupo un lugar cerca el Consejo mismo. Ahora delátame si quieres.
NIC. ¡Infame! ¡Me has perdido!
BER. Déjame pues, y que ni una frase salga de tus lábios. Loredano. (Viéndole) Retírate.
(Vase Nicolo)

ESCENA IV

BERTRUCCIO y LOREDANO

BER. Señor, necesito hablaros.
LOR. Sois importuno en este momento; y decidme quien os ha dado permiso para penetrar hasta aquí.
BER. (Descubriendo la marca) Pertenezco á vuestro servicio.
LOR. No importa. El Consejero no quiere escucharos; apartaos de mi presencia.
BER. Imposible; tenéis que oirme.
LOR. ¡No se comprende tanta osadía!
BER. Pues está al alcance de quien comprende á la vez, vuestros miserables manejos.
LOR. ¡Miserable!
BER. Esto, esto mismo, miserable; nos conocemos, monseñor.
LOR. No llamaré para que os arrojen de mi presencia; yo mismo haré saliros por el balcón.

BER. Lo mejor que podéis hacer. El pueblo se encargará de contestaros. Es preciso que lo sepáis; yo fuí quien cumplió vuestra orden colgando el pergamino en los jardines del Dux.

LOR. (¡Oh!) (Aparte)

BER. ¿No me arrojáis, monseñor? yo, quien escapó de los Plomos hace veinte años.

LOR. ¡Bertruccio!

BER. ¿Recordáis mi nombre?

LOR. ¡Como se recuerda el de un infame!

BER. Pues bien; Babilacqua, murió en mi calabozo, junto á mí; me dejó escrito de su puño la relación de cuanto le ordenaste para condenar á Jacobo Foscari. Olivier, falsamente acusado por vos, me legó sus últimos instantes en idéntica forma. Ya véis que no me presento desarmado á vuestros ojos. Ahora bien, todas estas pruebas os serán entregadas, si ponéis en libertad al infeliz Vennier.

LOR. ¡Basta! Desde aquí iréis á ocupar vuestro antiguo puesto en los Plomos. Cuanto habéis dicho para aterrorizarme, es una vil mentira, porque está prohibido el papel y la tinta en aquellos sitios.

BER. Preguntad á Vittorio; hijo del que fué mi carcelero, y él os informará de vuestro error.

LOR. ¡Necio infame!

BER. Prendedme, ahora, prendedme, que yo os juro que irán á manos del Dux los manuscritos, si no salgo libre de vuestro palacio.

(Oyense voces)

Escuchad. Son los rumores que anuncian la próxima tormenta. Si esta noche no restituís á Vennier á sus amigos, vendrán á arrancároslo del Consejo mísmo. (Vase)

LOR. (Acercándose al balcón) ¡Guardias! ¡despejad la plaza! no quede con vida uno solo que desobedezca el mandato. Y tú, miserable canalla, teme mi venganza! El león tiene la víctima. Venid á libertarla de la sala del Consejo.

Cae el telón

ACTO SEPTIMO

Cuadro 8.º

La misma decoración del acto 4.º

ESCENA PRIMERA

NICOLO, ALMORO, VITTORIO y á poco LOREDANO

VIT. ¡Quiera Dios protegernos! (Oyense gritos) ¡Desgraciados de nosotros si llega á penetrar el pueblo!

NIC. Por mi parte, aseguro que he de vender cara mi vida. Violar la misma Sala del Consejo! ¡Ay de ellos si lo intentan!

ALM. Los amigos de Vennier se interesan por su libertad, y es tal su influencia, que el mismo Dux en persona, pide la libertad de aquel mancebo, sin pararse en la ofensa que recibiera.

NIC. Puedo aseguraros, que es misterioso en extremo cuanto ocurre, y que nosotros no estamos llamados á desenredar la madeja que alguien enredó. Nuestro sitio es este. Nos mandan prender, prendemos; herir... pues, qué remedio?

VIT. Muy bien dicho, amigo Nicolo; así deben portarse los hombres que ostentan en su pecho las doradas insignias de este sagrado tribunal. (El rumor crece)

ALM. ¿Ois? No hay duda; intentarán asaltar esta morada. Van ciegos; no hay duda que alguien les infunde alientos.

NIC. Así debe ser. De otro modo, estaría todo como una balsa de aceite.

ALM. Lo está también, pero, de aceite hirviendo.

NIC. ¡El pueblo! Ay de los poderosos el día que no pueda engañársele con muñecos ó colorines.

LOR. (Saliendo) Nicolo; que estén las guardias prevenidas, y que se aprovechen de cualquier incídente, por pequeño que sea, y hagan pedazos á la multitud; sin compasión, que la acuchillen. Si algún átrevido osara entrar, caiga su cabeza. Aquel de mis soldados que se muestre compasivo con esta canalla, juro que ha de sentir todo el peso de mi cólera. No estaré satisfecho hasta tener repletas las Salas de este palacio con las cabezas de los traidores.

(Gritos fuera)

¡Muera! ¡muera!

NIC. ¡Monseñor!

LOR. Cumplid mi orden. (Vase Nicolo) Da rienda suelta á tu locura, pueblo insensato! ¡Desahógate! ¿Qué me importan tus gritos y tus necias amenazas? ¡Cuanto mayores ofensas de tí reciba, más justificado el plan de mi terrible venganza! (Oyense gritos)

ALM. Monseñor; la guardia está acorralando al populacho. Hay quien tiene salpicado de sangre el vestido. La plaza ha quedado casi desierta.

LOR. Lo presumía.

ALM. En actitud amenazadora llegan nuevos refuerzos á los amotinados, pero no avanzan,

ESCENA II

Dichos y VANINA

VAN. ¡Por favor! ¡por piedad!

LOR. Señora; ¿vos aquí? Retiraos, retiraos, os lo suplico; son estos momentos de peligro, á los que no debe exponerse una dama.

VAN. Es inútil, no parto. O me entregáis á mi hijo... ¡á mi hijo!... sí; para nada debo ocultar el secreto que me sorprendiste villanamente. Pues bien; mi hijo, ó yo no salgo de aquí, sino con la mortaja.

LOR. Es tarde, señora; nada puedo hacer ya.

VAN. ¡Tigre cruel! ¿No estás satisfecho aún?

LOR. Perdono vuestras palabras, hijas de una exaltación, que en último término, tampoco me atrevería á llamar injustificada. Pero, el Consejero no puede descender hasta el punto que pretendéis. Está en nuestro poder un reo, y tenemos obligación de cerrar los ojos á todo lo que no sea esclarecer el crimen. Lo siento, señora; pero, ¿qué diría el pueblo, si viera que se administra la justicia atendiendo á extrañas influencias?

VAN. El pueblo... ¿Y osáis, en nombre de él, perpetrar á mansalva un crimen tras otro crimen? El pueblo os aborrece, como aborreció siempre á los tiranos como vos.

LOR. Pues fiad en él, y nada esperéis de mí.

VAN. No uséis tal sarcasmo en presencia de mi dolor. Por última vez, apiadaos de mí... seré vuestra esclava.

LOR. ¡Ah! menos pedía, señora.

VAN. ¡Miradme arrodillada á vuestras plantas!

(Crece el tumulto, como si fuera á las puertas del palacio)

ALM. Señor; la guardia es insuficiente para contrarestar al pueblo que avanza.

LOR. ¡Ríos de sangre correrán para satisfacer mi furor!

ESCENA III

Dichos, BERTRUCCIO; á poco el DUX y después NICOLO

BER. Levantaos; levantaos, señora; espira la hora de las súplicas. Ahora ya ordenamos.

LOR. En verdad, que mueve á risa vuestro tono altanero. Ordenad, pues, pero tened entendido que si va esto á seros fácil, la obediencia, no parecerá por lado alguno. Deploro, pues, el desengaño que sentiréis en breve.

BER, Confiado Consejero, tú mismo te engañas. El pueblo ha roto ya la valla; ha visto sus vestidos manchados con la sangre de sus hermanos, y ya nada teme, nada respeta. El santuario de vuestra ley se le antojó ídolo de mezquino barro, y arrastrándolo á

su paso, lo pisoteará hasta convertirlo en polvo.

LOR. ¡Apoderaos de este hombre!

BER. Sí, á esto vengo, á entregarme. A ocupar el sitio en que por mi causa está un inocente.

LOR. Muy generosos se habrán portado con vos, para echaros encima la culpa agena.

BER. ¡Miserable!... pero, es preciso que sepáis, que las sombros de Olivier, Foscari y Babilacqua, se encargarán de castigaros.

DUX. (Saliendo) Loredano, no perdamos momento; tal vez luego sea tarde para evitar un día de llanto y desolación á la República.

LOR. Hasta tal punto mostráis vuestra debilidad, ¿qué os infunde pavor un pueblo alborotado?

VAN. ¡Por favor!

DUX. ¡Callad, señora!

NIC. (Saliendo) ¡Señor! (Oyense gritos cercanos) ¡la guardia cede!

LOR. ¡Maldición!

BER. (Al Dux) Monseñor. Yo fuí quien colocó este pergamino en vuestro jardín.

(Lo toma de la mesa)

BER. ¡Miserable!

BER. Es justo vuestro enojo; no espero más que mi castigo y la libertad de Vennier que ha sido falsamente acusado.

LOR. Esto es una impostura.

BER. Aguardad, no he concluído aún. Mirad.

(Enseña las insignias del Consejo)

Pertenezco al servicio del Consejo, y os juro, que al haceros la ofensa que deploro, no hice más que obedecer órdenes de Monseñor Loredano.

LOR. ¡Una mordaza! ¡Villano!

(Gritos fuera)

BER. ¿Lo negáis? Pues bien; otra vez, al usar un anónimo, procurad que no haya en la punta del pergamino, el sello de vuestro anillo.

(Le acerca el pergamino por una punta. Sorpresa general. Loredano confuso é indignado rasga la punta.)

TODOS. ¡Ah!

LOR. ¡Maldición!

BER. ¿Qué habéis hecho, monseñor? Lo presumía; y por esta razón he puesto á vuestro alcance una de las puntas en que no existe el

sello. (Al Dux) Mirad, Monseñor. Ved si reconocéis la cifra del Consejero.

LOR. ¡Ah, infame!

NIC. El pueblo ha asaltado ya el palacio.

(Voces) ¡Muera! ¡muera!

LOR. Está bien. (A Vanina) ¿Qué queréis? ¿A vuestro hijo? Cúmplase vuestra voluntad.

(Se dirige á la sala del tormento, y saca arrastrando el cadàver de Vennier, arrojándolo en medio de la escena.)

VAN. ¡Ah! ¡infame! ¡Dios mío! ¡Muerto!

(Loredano pónese cerca la ventana sonriendo)

BER. ¡Muerto! ¡Vida por vida!

(Se arroja sobre Loredano y le hunde un puñal, arrojando el cadáver por la ventana que es recibido con fuertes gritos.)

VAN. ¡Bertruccio!

DUX. ¡Detenedle!

BER. Cumple ahora con el pueblo la venganza que prometías. Monseñor, soy vuestro, castigadme, si tal merezco, pero libré á Venecia del más odioso tirano.

DUX. Yo procuraré salvaros. Señora, elegid un convento, y piensen las generaciones futuras, que solo es esclavo, el pueblo que merece serlo!

FIN



OBRAS DEL MISMO AUTOR

El Capitán de la Marta . . .	Melodrama en 5 actos.
El Maestro de esgrima . . .	» » 6 »
Los Plomos de Venecia . . .	» » 7 »

EN CATALAN

El Cup	Drama en 3 actes.
Una hora tonta	Cuadro en un acte.
La font dels enamorats . . .	Idili en un acte.
Els mals esperits.	Arreglo en un acte.
Angel Maria.	Cuadro dramátich.
Ovella esgarriada	Poema.
Brisas de llevant.	Articles.

EN COLOBORACIÓN CON DON LUIS MILLÁ

Los Pilletes	Melodrama en 5 actos.
Juego de pelota	Juguete en 1 acto.
El Niu d' aucellets	Idili en un acte.